

SEPTIEMBRE 2014

ESCRITOS

LEVANTAD LOS OJOS

Escrito dominical, el 14 de septiembre

Septiembre significa reanudación de la actividad normal de las comunidades cristianas. Parroquias, movimientos apostólicos, asociaciones, grupos comienzan sus actividades de anuncio del Evangelio, catequéticas, caritativas o formativas. De hecho el sábado 20 es la Jornada diocesana de inicio del curso pastoral, que va tomando fuerza en muchos católicos que, sin demasiadas complicaciones, nos vemos, nos comunicamos y rezamos juntos para iniciar este curso pastoral 2014-2015. El Programa anual ya está en manos de parroquias y grupos cristianos desde finales de junio pasado y se llama sencillamente «Levantad los ojos» (Jn 4,35); son palabras de Jesús en ese precioso episodio del encuentro con la mujer samaritana con las que anima Cristo a sus perplejos discípulos que no ven que hay que sembrar y segar, trabajar por el Evangelio en definitiva, que ha de ser siempre lo primero.

Desde estas páginas quiero animar a la tarea de este curso pastoral. Nos centraremos en hacer de nuestras parroquias territorio de comunión y misión. Se trata de vivir la parroquia no como un lugar cerrado donde suceden cosas que otros no entienden, sino comunidades «en salida» hacia otros que no conocen por dentro la Iglesia, o que están alejados en las «periferias» a las que alude el Papa Francisco en su exhortación «La alegría del Evangelio». Estamos invitados, pues, a ofrecer la parroquia como territorio de comunión y misión, para los que la forman, pues esa «casa de familia» ha de ser lugar para la «iglesia doméstica» que es la familia, pero también «familia de familias», porque en ella caben todos al ser el lugar de las celebraciones de fe más importantes, junto con la Catedral Diocesana, iglesia madre de todos.

El Programa pastoral exigía tal vez una carta pastoral del Arzobispo sobre la parroquia, de modo que se vea la necesidad de una «conversión pastoral», no de la parroquia entendida como templo persona jurídica, sino como comunidad de personas concretas que deben anunciar con alegría el Evangelio. Esa carta pastoral ya está preparada y cuantos deseéis leerla es posible hacerlo, pues se accede a ello fácilmente consiguiendo un ejemplar de la misma o leyéndola en la red. Pero la lectura de un escrito no es suficiente para vivir el contenido de la fe; se necesita una «determinación muy determinada» para formar parte activa de una comunidad parroquial o en los grupos que ella existan.

Queremos que de verdad se impulse la participación de los fieles cristianos en la parroquia y su corresponsabilidad y sea «comunidad de comunidades»; también redescubrir el verdadero rostro de la parroquia como la «Familia de Dios». En la carta pastoral, además, se habla con detenimiento de las tradiciones religiosas de la piedad popular, porque estamos necesitando realmente de que esas tradiciones religiosas sean tengan algo más: auténticas expresiones de la vida cristiana de modo que sean vividas como celebraciones de la fe cristiana. Para ello, cuantos participan de la vida de Cofradías y Hermandades han de emprender verdaderos procesos catecumenales. De lo contrario, pasarán como realidades poco significativas que no atraerán a los que están alejados o buscan el lado más exterior y hasta folclórico de la fe.

¡BIENVENIDOS!

Escrito dominical, el 21 de septiembre

Estas palabras quieren ser un saludo y una invitación gozosa a vivir la vida cristiana, al acercarse las actividades del nuevo curso pastoral. ¡Sed bienvenidos!, pero a vuestra Casa, que es la Iglesia Católica; a vuestra familia, porque la parroquia, el grupo cristiano, el movimiento apostólico, la tarea evangelizadora o caritativa, la actividad docente, el empeño catequético o de atención al enfermo o al que está necesitado se concretiza en la parroquia e instituciones eclesiales dentro de una Iglesia particular: Toledo. Niños, adolescentes y jóvenes, matrimonios jóvenes o mayores, consagrados, sacerdotes y obispos somos invitados por el Señor al seguimiento de Jesucristo para ser luz e instrumento de paz para nuestra sociedad.

La Jornada de inicio del curso pastoral 2014-2015, que se celebra este sábado, 20 de septiembre, quiere mostraros las posibilidades que están a vuestro alcance para ser alguien activo en la Iglesia. Busca en tu parroquia, en tu grupo, en tu colegio, en tu cofradía, en tu movimiento

cuáles son las cosas a hacer, para formarte, para compartir, para participar de algún grupo o actividad que te enriquecerá. Somos cristianos, seguidores de Cristo, no aburridos espectadores de lo que pasa a nuestro alrededor. ¿Tienes problemas? Pues muéstralos y será posible su solución; siempre será mejor que esconderte y encerrarte en ti mismo. Es fundamental la relación con Dios, pero ¿no lo es también el encuentro con los demás y contar con ellos? Ama y procura que seas amado. Siempre es necesario.

Quiero apuntar un pensamiento que, al hilo de esas persecuciones que tantos cristianos sufren en diversas partes del mundo de modo injusto, me ha hecho reflexionar este verano. Ya sé que en España no hay una persecución de ese tipo, pero hostilidades se dan entre nosotros. Ya entiendo que no somos todos unos santos, pero ¿por qué esa hostilidad hacia la fe cristiana o hacia la Iglesia? Una reacción natural ante estas cosas es, antes que de contrariedad, de perplejidad. Decimos, con razón, que el cristianismo es una buena noticia, que apunta a bondad, fraternidad, a victoria sobre el oído y la muerte. Puede entenderse que algunos no consigan creer que sea así, que es demasiado bueno para que sea verdad. Pero, ¿cómo puede darse el odio o la animadversión?

Evidentemente, el aspecto del cristianismo que exaspera a la sociedad actual, pienso yo, no es la idea de la vida eterna, o la redención de los pecados de la humanidad en la muerte expiatoria de Jesucristo, mucho menos la doctrina social o el poner el acento en la solidaridad y la atención al pobre. La irritación que genera la Iglesia en muchos sectores está relacionada más con sus posturas en materia de bioética (aborto, eutanasia), modelo de familia y moral sexual. En el fondo, la oferta cristiana de sentido existencial y liberación del pecado no tiene mucho significado para un sector creciente de la sociedad; pero sí parece dar mucha más importancia a la libertad absoluta para gestionar su vida privada, especialmente en el terreno amoroso y sexual, que a cuestiones del sentido de la vida o de la posible supervivencia del alma tras la muerte.

Dada esta situación y teniendo en cuenta que nuestra sociedad ha convertido en normativas prácticamente inatacables ideas tales como la irreprochabilidad de cualesquiera relaciones sexuales entre adultos libremente consintientes (sean hetero u homosexuales, y dentro y fuera del matrimonio); sabiendo que la existencia de nuevos modelos de familia son tenidos tan dignos como el llamado «tradicional» y que se habla abiertamente del «derecho de la mujer al control de su propio cuerpo», esto es, libre acceso al aborto, ¿qué pensar o hacer? Es claro que desde la manera de entender al ser humano en el cristianismo, todas estas ideas no sólo son discutibles sino no buenas para la humanidad.

Pero hay también otras dos consideraciones prácticas a la hora del debate ético y moral de estas cuestiones: una es vivir, según la Revelación de Dios y la doctrina de la Iglesia, la propia sexualidad, el matrimonio o la vida consagrada, porque ello trae felicidad y alegría, mientras que las maneras que se ofrecen, según el espíritu del mundo, no proporcionan tal felicidad; la otra es considerar que la hostilidad profesada a la Iglesia por el sector laicista de la sociedad no es del todo sincera, bien porque el cristianismo –nos dicen– no es más que un «pensamiento precientífico o mágico», y en ese caso, ¿por qué les preocupamos? ¿O por qué malgastar tanta energía en combatir una superstición absurda y en todo caso condenada a una extinción paulatina? Y me pregunto: ¿No será que la vivencia sincera de la fe cristiana, sin rebajas, duele más de lo que parece, porque afecta a preguntas siempre inquietantes del ser humano, que no han encontrado respuestas? En todo caso, sostener el testimonio de Jesús es nuestra contribución a esta sociedad nuestra a la que amamos.

NOSOTROS SOMOS LA IGLESIA

Escrito dominical, el 28 de septiembre

Estamos viviendo momentos importantes para el futuro de Europa y España. En nuestra patria vuelven a ponerse en juego muchas cosas que afectan a nuestro ser como personas humanas. ¿Cuál ha de ser el papel de la fe cristiana o de la salvación que realiza Dios por medio de Jesucristo en la vida de la comunidad humana? Formamos parte de la Iglesia de Dios, y ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. ¿Cómo podría llevarse a cabo este proyecto sin una manifestación pública de la fe, sin caer en el error de creer que la fe cristiana sólo pertenece a la esfera personal y privada? He aquí el gran peligro para nosotros: pensar que existe algo de la realidad que esté al margen de nuestra fe y refugiarnos unas veces en una esfera, que llamaríamos «natural», y en otras en el ámbito «espiritual», dejando el campo libre para que el secularismo se apodere de la realidad tangible.

Sólo tenemos una vida y en ella se juega la felicidad, el sentido para esta vida o la falta de él;

no podemos permanecer indiferentes, como si lo que le sucede a la sociedad española nada tuviera que ver con nuestra fe, nuestro seguimiento de Jesucristo o con nuestra comunidad parroquial o diocesana. Hace falta ver los resultados de la ausencia de Dios en nuestra sociedad, para ver el efecto helador y el vacío cada vez más grande que se está generando en las nuevas generaciones. Nosotros no podemos recluir a Dios en la concha rancia de nuestros pensamientos habituales, exiliándole a una forma de piedad y culto sin contenido, o a través de la ambigüedad de nuestra vida, como si extendiéramos sobre Él un velo de oscuridad. Ese es un mal servicio a la humanidad, ya que el mundo pertenece a Dios, y sin Él todo es distinto. La participación, pues, del cristiano en la vida pública es cada vez más urgente.

¿Pueden los católicos manifestar públicamente su fe? Por supuesto, pero esta operación no se lleva a cabo únicamente con manifestaciones en la calle, aunque sean posibles y han de respetarse. Hay otras formas de manifestar la fe en lo público. De nuevo está ante nosotros mostrar lo inhumano del aborto, exigiendo una actividad legislativa más acorde con la naturaleza de lo que es la dignidad de la persona humana. Valen poco aquí componendas electoralistas o calificaciones políticas de este o aquel signo a la hora de tomar partido por la cultura de la vida o de la muerte. De hecho ha habido, no hace muchos días, en distintas ciudades de España actos promovidos por la sociedad civil a favor de la vida humana. ¿Han sido solo los católicos quienes han participado en esas manifestaciones? No necesariamente, aunque hayan sido católicos la mayoría de ellos. Sigue propagándose el sofisma de que los partidarios del aborto son progresistas y de izquierdas y quienes se oponen al aborto de derechas y católicos.

De nuevo la Conferencia Episcopal Española, por medio de su Comité Ejecutivo, reunido en sesión ordinaria, «quiere hacer oír su voz, como siempre ha hecho en cualquier coyuntura social y política, para recordar el valor sagrado de la vida humana, desde la concepción hasta su fin natural». Se apoya, por cierto, en el Papa Francisco, en su exhortación programática «*Evangelii gaudium*», cuando éste afirma: «Entre los débiles, que la Iglesia quiere cuidar con predilección, están también los niños por nacer, que son los más indefensos e inocentes de todos, a quienes hoy se les quiere negar su dignidad humana (...) quitándoles la vida y promoviendo legislaciones para que nadie pueda impedirlo (...). No es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana». Se entienden bien estas palabras. Algunos no las tienen claras y olvidan que un ser humano es siempre sagrado e inviolable, en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo. ¿O volvemos a escuchar la cantinela de hace algunos años cuando se decía que el feto es ser humano, pero no persona humana? Sería trágico, a la luz del número de abortos cada año en España.

La muerte de seres inocentes nunca está justificada, lo diga quien lo diga. El ser humano es un fin en sí mismo y nunca un medio para resolver otras dificultades. He aquí un ámbito de la sociedad actual donde no vale abstenerse; hay que apostar y públicamente decir lo que se piensa sobre el aborto. Las posibles soluciones no pueden ser siempre las mismas: «Interrupción voluntaria del embarazo». Es decir, sin eufemismos, muerte de un ser humano. ¿No hay otras? Sin duda, pero tenemos que mostrarlas y actuar. Dios nos ayude y nos haga superar nuestro miedo a decir la verdad, porque ella nos hace libres.